

EFEMERIDES DE LA ESCUELA SUPERIOR DE GUERRA

Coronel

MANUEL GUILLERMO MARTINEZ PACHON

Para comprender la historia de la Escuela Superior de Guerra, es necesario dar un vistazo retrospectivo a los últimos setenta y cinco años del siglo pasado.

Durante la independencia, la existencia de un enemigo común a los intereses de la patria y la visión del libertador, crearon una firme unión dentro de los ideales de las filas patriotas; pero exterminada la amenaza, y con el nacimiento de la nueva República, nacieron también rivalidades entre los Jefes Militares, degenerando en insurrecciones que favorecían, no a los intereses de la nacionalidad, sino a intereses personales en busca de poder e imbuidos de la libertad que acababan de obtener, se olvidaron de la existencia de la República.

Bien conocida es la conspiración de Melo en 1854, que, aunque ejecutada con tropas perfectamente disciplinadas, les faltaba a sus Oficiales la educación necesaria, para entender el verdadero concepto de la misión de un Ejército. Para ellos, los Militares deberían decidir en los debates partidistas y no como una fuerza al servicio de un estado, aquéllos fueron hombres valerosos pero desprovistos de la ilustración nece-

saria y como era de esperar, los problemas que tuvieron que afrontar poco a poco disolvieron uno de los mejores ejércitos de la época.

La multiplicación de las revueltas, acompañadas de actos de barbarie, crearon el desprestigio de los hombres al servicio de las armas, hasta tal punto, que las gentes de bien que habían engrosado las filas del ejército, ya por seguridad personal o por acción partidista, una vez terminada la amenaza, dejaron las armas y, el ejército quedó en manos de soldados dedicados a servicios rutinarios lejos de una misión institucional.

Así surgieron de aquéllos soldados profesionales, un número de Oficiales, que ascendieron por el valor en el combate, en época de guerra o por la servidumbre al mandatario de turno, en los paréntesis de paz.

Así surgieron Generales, propios de cada guerra civil, los cuales en algunas ocasiones fueron fieles servidores al Gobierno y en otras se encontraron en las listas rebeldes. Llega la guerra de los mil días, cuyas causas no fueron otras que la anarquía política, el desorden administrativo y la falta de un firme convencimiento de quienes tenían la responsabilidad de defender las Instituciones patrias, y como resultado de esta contienda fratricida, surgen un contraste de especial significación entre dos ejecutorías en la que se enfrentan los valores patrios.

La primera: La actuación cobarde y traidora, del General Huertas en Panamá, quien abandonando la guarnición, cedió porción del territorio colombiano. Las causas no son otras que, su formación militar y su cultura, las cuales no le permitieron entender la integridad de su patria, ya que para este General, el cambio de soberanía del Istmo, era un cambio rutinario del Gobierno, como tantos de los que en su triste existencia había vivido. Esto no fue sino el resultado de la politización de los hombres que tenían en sus manos las armas, el descuido de la nación por su institución armada y la falta de preocupación por instruir a quienes tenían la responsabilidad de comandarla.

La Segunda: La reforma Militar del General Rafael Reyes en 1907, que a pesar del temor de algunos opositores, supo sobreponer los intereses particulares, a las necesidades del país, para crear un Ejército Nacional con el más alto sentido profesional, que fuera baluarte real de la defensa de la constitución, de las leyes y de las instituciones legítimas, además, que pudiera garantizar la soberanía y la integridad territorial de Colombia.

Así, alejado de cualquier mesquindad individual o política, por intermedio del General Uribe Uribe, Ministro en Santiago, y la aprobación de los colombianos, contrata la misión chilena, para cristalizar sus deseos con la creación de la Escuela Militar de Cadetes y la Escuela Naval.

Convencido de la compleja formación del Oficial y de la responsabilidad que éste debería asumir en el panorama del país, como en el fortalecimiento de la Unidad Nacional y en el desarrollo normal de la sociedad y teniendo en cuenta que los resultados de las Escuelas Militar y Naval, recién organizadas, sólo se verían a largo plazo; aprovecha todos aquellos buenos Oficiales que quedaron de las guerras civiles y que estaban dispuestos a continuar al servicio de las armas, con la exacta comprensión del sacrificio que éstos demandan y el ideal de entregarse a una noble profesión. El primero de mayo de 1909 dicta el decreto 453 por medio del cual se "organiza la Escuela Superior de Guerra de Colombia" y el 8 de mayo, este nuevo Instituto abre sus puertas en el mismo edificio de la Escuela Militar, bajo la dirección del señor Mayor *Pedro Charpín Rival*, de nacionalidad chilena, y los siguientes profesores: señores Generales *Antonio Laverde*, *Francisco Javier Vergara* y *Velasco*, *Adán Vargas*, *Eliécer Gómez Mayoral* y el Capitán *Alberto Sánchez Parra*. El primer curso, denominado de aplicación militar, tiene una duración de 8 meses, lo integran: dos Generales, cinco Coroneles, un Teniente Coronel, cuatro Mayores y cuatro Capitanes.

El 8 de mayo de 1910, el Presidente de la República, General *Ramón González Valencia*, inaugura oficialmente el Instituto e inicia el primer curso de Estado Mayor con 21 alumnos,

a él asisten los dos Subdirectores: Coroneles *Javier Vergara Y Velasco* y *Alejandro Posada*. Es de anotar, como algo especial, que los Oficiales que tenían alta graduación, asumieron voluntariamente el grado de Mayor despojándose de sus títulos adquiridos anteriormente.

En este período inicial, se destaca la actuación de la comisión chilena, y el profesionalismo de los Mayores *Díaz* y *Charpín*, que dedican sus esfuerzos a la incipiente obra para hacerla desde su comienzo, sólida y duradera, aprovechando, las nobles ambiciones de quienes se sometieron a una franca disciplina y moldear sus voluntades al servicio de los ideales patrios, para vencer así las críticas de aquellos defensores acérrimos de la ignorancia, del atraso de las Fuerzas Militares, y con ello, de su alejamiento de los destinos nacionales.

En esta época se entiende ya que los Ejércitos tienen los Estados Mayores para atender las más delicadas funciones en el planeamiento y la preparación de la Nación para la guerra.

Desde entonces, se labra en la mentalidad del Oficial la disciplina al estudio, como parte integral en la formación moral de quienes como conductores de tropas, deberían escribir orgullosamente páginas de oro para dar brillo a las Fuerzas Militares.

Retirada la comisión chilena en 1912, se encarga de la dirección del Instituto el señor Coronel *Eliécer Gómez Mayoral*, Subdirector hasta el 9 de agosto del mismo año, fecha en que asume el señor Coronel *Alejandro Posada*, primer Director titular colombiano.

Al conocerse en el ámbito internacional la capacidad de la Escuela, no tardan en venir Oficiales extranjeros a ocupar los bancos del Plantel; y es así como al Curso de Estado Mayor de ese mismo año, se integran cuatro alumnos venezolanos.

La preocupación constante del Gobierno Nacional por el funcionamiento del Instituto, obliga a realizar inspecciones por parte del Congreso de la República. Para beneplácito Na-

cional todos los informes demuestran el alto rendimiento académico que en los pocos años de existencia ha alcanzado esta Unidad.

Pero no todo es fácil, inconvenientes de orden presupuestal obligan a disminuir el tiempo de permanencia de los alumnos a un solo año de los dos que estaban dispuestos para el Curso de Aplicación Militar.

Para los años 20, este déficit económico, mantiene a la Escuela casi suspendida. Pero como la educación de los Oficiales no podía irse a menos, ni esfumarse los esfuerzos realizados por Reyes y todos aquéllos Oficiales que lo sucedieron. El Ministro de Guerra, doctor *Jorge Roa*, propone la reestructuración de los Cursos de Estado Mayor, para Oficiales Superiores y la creación de las Escuelas de las Armas, para los cursos de aplicación de los oficiales subalternos.

Las experiencias de la primera guerra mundial, obligan a enfocar la enseñanza hacia las nuevas técnicas y tácticas aplicadas en el conflicto. Este propósito se cumple contratando al señor Coronel *Hans George Juchler* de la misión Militar Suiza y nombrándolo como Director Técnico, se aprovecha al máximo las experiencias de ésta misión adelantando tres cursos de Información.

Este período es importante en la vida de la Escuela, no sólo por la tecnificación en el arte de la guerra, sino porque se inicia el conocimiento de la problemática nacional, incorporando en el pénsum académico, cátedras sobre economía política y sociología, se establecen además los viajes de estudios por el país y se abre el primer Curso de Estudios Superiores.

La segunda etapa del Instituto se ve interrumpida temporalmente por el conflicto Colombo-Peruano, toda vez que el ejército debía atender a las absurdas pretensiones del vecino país y reafirmar la confianza ciudadana, haciendo ver que los hombres a las cuales se habían entregado las armas de la república, eran verdaderos profesionales al servicio de los intereses de todo el pueblo Colombiano.

El tercer período se abre en 1936 con la reestructuración de la Escuela, que hace el Doctor *Alfonso López Pumarejo*, Presidente de la República, y el Director del Instituto señor Coronel *Alejandro Uribe*, bajo la dirección técnica del señor Coronel *Gunther Braune* del Ejército Alemán, en esta época se regentan las cátedras de Historia Militar y Estrategia y se vuelve requisito indispensable para ascender a los grados de Teniente Coronel y General, aprobar el Curso de Estado Mayor.

Al finalizar el año 40 el Gobierno Nacional contrata la misión francesa, dirigida por el señor General *Henry Panchaud*, quien recoge los conocimientos aprendidos en las aulas y los vierte en la práctica; se inician los ejercicios en el terreno a nivel Brigada, con la participación de las Unidades Operativas, en el mismo campo donde pudieran realizarse operaciones bélicas; en estos ejercicios no sólo se concibe un excelente plan sino que se ejecuta, poniendo a prueba la capacidad de dirección del conductor y su destreza en el campo de batalla.

En el año cuarenta y tres, la Escuela deja los viejos cuarteles de San Diego para ocupar las actuales instalaciones.

La segunda guerra mundial, obliga a variar nuevamente los programas académicos. La nueva tecnología bélica, exigía a los oficiales colombianos estar acorde con la época; con asesoría de la misión militar de los Estados Unidos, se recogen las experiencias de este conflicto y se llevan a la práctica en los claustros del Instituto. Pero las experiencias y enseñanzas no son únicamente para el ejército, es necesario compartirles con la Fuerza Aérea y la Armada Nacional, por lo cual se organizan cursos especiales para estas dos Fuerzas.

En 1960 se realiza uno de los actos de mayor connotación para las Fuerzas Militares; "el decreto 0570 que reglamenta el título primero de la ley 126 de 1959". Establece que el Curso de Estado Mayor, se realice en forma conjunta por los Oficiales del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea. La sabiduría de este decreto, está, en comprender que las Fuerzas Militares de Colombia, en la paz, en la guerra, son una sólida institución, donde los sentimientos del uno, son el reflejo del

comandante que dirige, la acción en forma conjunta, se conjuga con la voluntad institucional del jefe y los problemas de seguridad se resuelvan bajo un solo criterio.

La Escuela, siguiendo el curso de la evolución del pensamiento científico y militar actual, no ha querido quedarse únicamente con el estudio y análisis de la guerra; ha traspasado los muros castrenses para incorporarse a la problemática nacional, a la busca del consenso en cuanto a la seguridad nacional. Con el concurso de los organismos oficiales y de la empresa privada, selecciona a personalidades para adelantar el curso sobre Información de Defensa Nacional que, integrado con el curso de Altos Estudios Militares unen las voluntades, de quienes por una parte, han aferrado su existencia a la disciplina, en que el desprendimiento de lo material se confunde con el deber y el amor a la patria, y por la otra, gentes no menos valerosas, que reúnen condiciones excepcionales y que han empleado sus esfuerzos y ejecutorias en los campos del desarrollo político, económico y social y que por ende, están igualmente al servicio de esa misma patria.

Para resumir la historia de la Escuela, es necesario únicamente, dar una mirada a la galería de Directores, y entender que desde el Coronel *Eliécer Gómez Mayoral*, primer Director colombiano, hasta el actual, el señor Mayor General *Manuel Jaime Guerrero Paz*, todos han tenido un capítulo de especial representación en el panorama nacional, con su concurso, nada de lo colombiano les ha sido ajeno; su sabiduría y su destreza han respondido a la confianza, que las gentes de bien, tienen en sus Fuerzas Militares y sus esfuerzos están claros cuando se mantiene una república independiente, no importa las influencias externas o las presiones.

Es necesario rendir en esta fecha, un tributo de reconocimiento y admiración a quienes con empeño infatigable, han influido en nuestra formación dando de sí, lo mejor de sus vidas para que las Fuerzas Militares sean el sostén de las Instituciones, cabe especial mención a aquél señor, el Coronel *Ramón Ordóñez Castillo*, quien con su trabajo ha dado una carac-

terística de servicio que sobrepasa los límites del deber, y quien toma como apostolado la enseñanza, canaliza las inquietudes de sus alumnos y las moldea a la luz de la razón. Su aporte, durante una tercera parte de la existencia de la Escuela, se refleja en todos los que hoy ostentan con orgullo los soles de General y las insignias de Almirante de la República.

Ahora bien, quienes compartimos el honor de pertenecer al Instituto, entendemos que entre la dirección y el último de sus colaboradores existe una función igualmente importante por cumplir y que la preocupación de todos radica en acrecentar la formación de los futuros conductores de las Fuerzas Militares.

Pero la responsabilidad mayor está depositada en los oficiales que hoy ocupan los bancos de estas aulas, quienes tienen que recoger las tradiciones, proyectarlas con honor frente a las presentes y futuras circunstancias, fatigadas por la incertidumbre y los riesgos, que rodean al país. No es, ciertamente, una misión para ambiciosos. Es para verdaderos colombianos, abnegados y serenos. Dios quiera que la República, se sienta identificada con sus Fuerzas Militares y le ofrezca su solidaridad y colaboración.